

garteriente general, llamado por el rey, y no viendo la batalla ganada, habría abandonado á sus partidarios y conformándose con las órdenes reales. El cuerpo diplomático, que no hizo su deber, lo habría hecho entonces, colocándose alrededor del monarca. La república instalada en París, en medio de todos los desórdenes, no habría durado un mes enfrente de un gobierno regular y constitucional establecido en otra parte. Jamás se perdió una partida con tan buen juego, y cuando se ha perdido la suerte, no vuelve; id, pues, á hablar de libertad á los ciudadanos y de honor á los soldados después de las ordenanzas de julio y de la retirada de Saint-Cloud.

Quizá llegará un tiempo, cuando una sociedad nueva haya ocupado el lugar del orden social actual, en que la guerra parezca un monstruoso absurdo, y el principio mismo no sea comprendido, pero no estamos aun en ese tiempo. En las querellas armadas hay filántropos que distinguen las especies y se horrorizan al solo nombre de guerra civil. ¡Compatriotas que se matan; hermanos, padres é hijos los unos enfrente de los otros! Todo esto es muy triste sin duda; sin embargo, muchas veces se regeneran los pueblos en medio de las discordias intestinas. Jamás ha perecido ninguno en una guerra civil, y muchos han desaparecido en las guerras extranjeras. Ved lo que era la Italia en el tiempo de sus divisiones, y lo que es hoy. Es deplorable hallarse obligado á asolar la propiedad de un compatriota, ver ensangrentados sus hogares por este; pero, francamente, ¿es mucho mas humano matar á una familia de alemanes, á la que no conoceis, que no ha tenido con vosotros ninguna disputa, á quien robais, á quien matais sin remordimientos, y á cuya mujer y á cuyas hijas deshonrais con tranquilidad de conciencia solo porque haceis la guerra?

Digase lo que se quiera, las guerras civiles son menos injustas, menos infames y mas naturales que las guerras extranjeras, cuando estas no se emprenden por salvar la independencia nacional. Las guerras civiles tienen por fundamento al menos ultrajes individuales, odios declarados y reconocidos; son duelos con segundos, en que los adversarios saben por qué tienen la espada en la mano. Si las pasiones no justifican el mal, le excusan, le explican y hacen comprender por qué existe. Pero ¿cómo justificar la guerra extranjera? Por lo regular las naciones se degüellan porque un rey se fastidia, porque un ambicioso se quiere elevar, ó porque un ministro trata de derribar á un rival. Tiempo es ya de hacer justicia á esos antiguos lugares comunes de *sensibilismo*, mas convenientes á los poetas que á los historiadores; Thucídides, César, Tito-Livio se contentan con una palabra de dolor, y pasan adelante.

La guerra civil, á pesar de sus calamidades, no tiene mas que un peligro real; si las facciones recurren al extranjero, ó el extranjero, aprovechándose de las divisiones de un pueblo, ataca á este pueblo, la conquista podría ser el resultado de tal posicion. La Gran-Bretaña, la Iberia, la Grecia constantinopolitana, la Polonia de nuestros días, nos ofrecen ejemplos que no se deben olvidar. Sin embargo, durante la Liga, los dos partidos llamaron en su auxilio á los españoles y á los ingleses, á los italianos y á los alemanes; mas igualando las fuerzas, no alteraron el equilibrio que los franceses divididos guardaban entre sí.

Carlos X hizo mal en emplear las bayonetas en apoyo de las ordenanzas; sus ministros no pueden justificarse de haber hecho correr, por obediencia ó espontáneamente, la sangre del pueblo y de los soldados sin que ningun odio los dividiese, lo mismo que los terroristas teóricos reproducirian voluntariamente el sistema de terror cuando no hay ya terror. Pero Carlos X tuvo aun menos razon para no

aceptar la guerra, cuando, después de haber cedido en todo, se le hundia. No tenia derecho, después de haber pasado la diadema á la frente de su hijo, para decir á este nuevo Joas: «Yo te he hecho subir al trono para arrastrarte al destierro; para que en el infortunio y en el destierro lleves el peso de mis años, de mi proscripción y de mi cetro.» No habia necesidad de dar á Enrique V una corona y al mismo tiempo quitarle la Francia. Al hacerle rey, se le habia condenado á morir en la tierra á que se halla mezclado el polvo de San Luis y de Enrique IV.

Por lo demás, después de este acaloramiento de mi sangre, vuelvo á la razon, y no veo en todo esto mas que el cumplimiento de los destinos de la humanidad. Si la corte hubiera triunfado por las armas, habria destruido las libertades públicas; no por eso habria dejado de ser hundida algun dia; pero habria retardado el desarrollo de la sociedad durante algunos años. Todo lo que habia comprendido la monarquía de una manera liberal habria sido perseguido por la congregacion restablecida. En último resultado, los sucesos han seguido el plano inclinado de la civilizacion. Dios, conforme á sus designios secretos, hace los hombres poderosos, ó les da faltas que los pierden cuando deben ser perdidos, porque no quiere que cualidades mal aplicadas por una falsa inteligencia se opongan á los decretos de su Providencia.

PALACIO REAL. — CONVERSACIONES. — ÚLTIMA TENTACION POLÍTICA. — MR. DE SAINT-AULAIRE.

La retirada de la familia real me dejó completamente aislado. Desde entonces no pensé sino en lo que debia decir en la cámara de los Pares. Era imposible escribir: si hubiesen dado el ataque los enemigos de la corona; si Carlos X hubiera sido destronado de resultas de una conspiracion, habria tomado la pluma; y si se respetaba la independencia del pensamiento, habria podido reunir alrededor de los despojos del trono un partido inmenso. Pero el ataque venia de la corona; los ministros habian violado la Constitucion, y hecho perjuro al monarca, quitándome por consiguiente toda fuerza. ¿Qué podia decir en favor de las ordenanzas? ¿Cómo hubiera podido ensalzar la sinceridad, el candor y la caballerosidad de la monarquía legítima? ¿Ni cómo decir que era la mejor garantía de nuestros intereses, de nuestras leyes y de nuestra independencia? La monarquía, de la cual era yo antiguo campeón, me quitaba las armas y me dejaba indefenso delante de mis enemigos.

Me sorprendi, pues, cuando, hallándome en tan mala situacion, vi que me buscaba la nueva dinastía. Carlos X desdenó mis servicios, y Felipe se esforzaba en que me uniese á él. Habléme primero Mr. Arago en términos expresivos y de consideracion, en nombre de Mad. Adelaida, y después me encontró un dia en casa de Mad. Recamier el conde Anatolio de Montesquieu, que me dijo tendrian una satisfaccion en verme en el palacio real la duquesa y el duque de Orleans. Se trabajaba entonces en la declaracion por la cual se iba á nombrar rey al que era solo lugarteniente del reino. Acaso S. A. R. creeria oportuno ver de debilitar mi oposicion antes de que llegase á hacerla públicamente. Pudo creer tambien que la huida de los reyes me habria puesto en el caso de considerarme separado de su causa.

Las indicaciones de Mr. de Montesquieu me sorprendieron. No las rechacé, sin embargo, porque, aunque no me prometia un éxito feliz de la entrevista, creí que podría exponer algunas verdades muy útiles. Fui al palacio real con el gentil-hombre de la futura reina. Entré por la puerta que da á la calle de Valois,

y encontré en sus gabinetes á la duquesa de Orleans y á Mad. Adelaida. Ya habia tenido la honra de saludarlas otra vez. Indicóme la duquesa que me sentase á su lado, y me dijo en seguida. — «¡Ah, Mr. de Chateaubriand; ¡qué desgraciados somos! Quizá si se unieran podrían salvarse todavia los partidos. ¿Lo creéis así?»

— «Señora, la contesté: nada es mas fácil; Carlos X y el delfin han abdicado: Enrique es por lo tanto el rey: el duque de Orleans es lugarteniente del reino: que sea, pues, regente durante la minoría, y todo se ha concluido.»

— «Pero, Mr. de Chateaubriand, el pueblo está muy agitado; la anarquía nos amenaza.»

— «Me atreveré, señora, á preguntaros cuál es la intencion de monseñor el duque de Orleans. ¿Si se le ofreciesen, aceptaria la corona?»

Vacilaron las dos princesas; mas la duquesa contestó, después de un momento de silencio:

— «Pensad, Mr. de Chateaubriand, en las desgracias que pueden sobrevenir. Para salvarnos de la república es preciso que se entiendan todas las personas honradas. En Roma, Mr. de Chateaubriand, y aun aquí, si no queréis salir de Francia, podéis prestar grandes servicios.»

— «No ignorais, señora, mi afecto al joven rey y á su madre.»

— «¡Ah! bien se han portado con vos, Mr. de Chateaubriand.»

— «V. A. R. no querrá ciertamente que yo me ponga en contradiccion con toda mi vida.»

— «No conoceis á mi sobrina? ¡Es tan viva!... ¡Pobre Carolina!... Llamaré al duque de Orleans, que os convencerá mejor que yo.»

Dió sus órdenes la princesa, y Luis Felipe llegó al cabo de medio cuarto de hora. Estaba mal vestido, y parecia hallarse muy cansado: me levanté, y se acercó diciéndome:

— «Ya os habrá indicado la duquesa lo desgraciados que somos.»

Y en seguida me hizo un idilio sobre la felicidad que gozaba en el campo, y sobre la vida tranquila y adecuada á sus inclinaciones que pasaba en medio de sus hijos. Aprovecheme de la pausa que hizo entre dos estrofas para tomar á mi vez respetuosamente la palabra y repetirle casi lo mismo que habia dicho á las princesas.

— «¡Ah! exclamó; eso es lo que yo deseo. Quedaria satisfecho con ser el tutor y el apoyo de ese niño. Creo, como vos, Mr. de Chateaubriand, que lo mejor que hay que hacer es sin duda el ir en busca del duque de Burdeos. Pero temo que los acontecimientos puedan mas que nosotros.»

— «¿Mas que nosotros, señor? ¿No estais investido de todos los poderes? Vamos á reunirnos con Enrique V: convocad á vuestro lado y fuera de París las cámaras y el ejército. Luego que se sepa vuestra marcha cesará esta efervescencia, y todos buscaran seguridad en vuestro gobierno ilustrado y protector.»

Mientras decia esto, observaba á Felipe. Mi consejo no le sentaba bien: en su frente estaba escrito, y yo lo leí, el deseo que tenia de ser rey. — «Mr. de Chateaubriand, me dijo sin mirarme: la cosa es mas difícil de lo que creéis: eso que proponéis no es tan fácil. No sabeis en qué peligro nos hallamos. Es muy probable que caiga una turba furiosa sobre las cámaras, y no contamos con nada para defendernos.»

Esta frase, que se escapó al duque de Orleans, me proporcionó el placer de replicarle perentoriamente: — «Concibo bien, monseñor, que la situacion es angustiosa; mas hay un medio seguro de salir de ella. Si considerais que es arriesgado el ir á juntaros con Enrique V, como antes propuse, todavia queda expe-

dito otro camino. Las sesiones van á abrirse: sean las que quieran las proposiciones que hagan los diputados, declarad desde luego que la actual cámara no tiene los poderes necesarios (como así es en realidad) para resolver sobre la forma de gobierno que se ha de dar á la nacion; decid que es preciso consultar á la Francia y elegir un nuevo congreso con poderes especiales para decidir cuestion tan importante. De este modo se colocará V. A. R. en una posicion muy popular; el partido republicano, que os amenaza hoy, os elevará á las nubes. En los dos meses que trascorriran hasta que se abriese la nueva legislatura organizariais la milicia nacional, y vuestros amigos y los del rey secundarian vuestros esfuerzos en las provincias. Dejad que vengan los diputados y que aboguen en la tribuna por la causa que defiende. Habiendo pasado la ocasion que pudo producir la anarquía, no tendrais ya que temer la violencia de los republicanos. No creo que sea difícil que os capteis la amistad del general Lafayette y de Mr. de Laffitte. ¡Qué posicion para vos, señor! Podeis reinar quince años con el nombre de vuestro pupilo, pasados los cuales habrá llegado para todos la edad en que se necesita descansar; tendrais la gloria, única en los anales históricos, de haber conservado para el heredero legítimo el trono á que os es fácil subir, y á la vez podrais educar este niño con las luces del siglo y hacerlo digno de reinar en Francia; una de vuestras hijas compartiria con él el tálamo real.»

Mientras esto, Felipe miraba vagamente hácia uno y otro lado: — «Perdonadme, Mr. de Chateaubriand, pues para hablaros dejé una comision que me espera. Ya os habrá dicho la duquesa que me consideraria feliz si pudiera realizar lo que deseais; pero, creedme: nadie mas que yo puede contener las turbas amenazadoras. A mis esfuerzos únicamente debe su existencia el partido realista.»

Al oír esta manifestacion tan inesperada y tan distante del objeto de nuestra entrevista, le respondí: — «Yo, señor, he visto muchos asesinatos: los que han pasado por las revoluciones estan ya agüeridos: los que tienen los bigotes grises no se asustan por los hechos que horrorizan á los reclutas.»

S. A. R. se retiró, y yo fui en busca de mis amigos.

— «Y bien, ¿qué hay? me dijeron.

— «Quiere ser rey.

— «¿Y la duquesa de Orleans?»

— «Quiere ser reina.

— «¿Os lo han dicho?»

— «El uno me ha hablado en poesía pastoril, y la otra de los peligros que amenazan á la Francia y de la viveza de su pobre Carolina; los dos han tratado de convencerme de que podría serles útil, y ninguno de ellos me ha mirado de frente.»

La duquesa de Orleans quiso verme otra vez; mas el duque no asistió á esta nueva entrevista. Madama Adelaida se encontró allí como en la primera. La duquesa se explicó mas claramente sobre los honores con que se proponia honrarme el duque de Orleans. Tuvo la bondad de recordarme lo que llamaba mi influencia en la opinion pública, los sacrificios que habia hecho y la aversion que á pesar de ellos me habia manifestado siempre Carlos X y su familia. Me dijo que si queria volver al ministerio de Negocios Extranjeros, S. A. R. tendria un placer en restituirme esta cartera; pero que quizá preferiria volver á Roma, y que ella (la duquesa de Orleans) lo celebraria por bien de nuestra santa religion.

— «Señora, dije con viveza: veo que el duque de Orleans ha tomado su partido; que ha calculado sus consecuencias, y que ha visto los años de miseria y de peligros de todos géneros que tendrá que atravesar: no tengo, pues, nada que decir. No he venido aquí para faltar al respeto á la sangre de los Borbones;

y además, estoy altamente reconocido á vuestras bondades. Dejando aparte las grandes objeciones y las razones que se puedan emitir sobre los principios y los acontecimientos, suplico á V. A. R. se digne escuchar algunas palabras que á mí se refieren. Me habeis hablado de lo que llamais mi poder sobre la opinion. Pues bien; si fuese cierta esta influencia, no estaria fundada sino en la estimacion pública, la cual perderia en el instante que cambiase de bandera. Creeria el duque de Orleans haber adquirido conmigo un grande apoyo, y en realidad no tendria á sus órdenes mas que un miserable hablador, un perjurio, cuya voz nadie escucharia, un renegado á quien tendrian todos derecho de arrojar lodo y escupir á la cara. A las inciertas palabras que dirigiera en favor de Luis Felipe, se me contestaria con los volúmenes que he publicado en defensa de la familia caída. ¿No soy yo, en efecto, señora, quien ha escrito el folleto *De Bonaparte los y Borbones, los Artículos sobre la llegada de Luis XVIII á Compiègne, el Informe en el Consejo del rey en Gante, la Historia de la vida y muerte del duque de Berry?* No sé que haya en ellos una sola página en que no se encuentre el nombre de mis antiguos reyes y mis protestas de amor y fidelidad, circunstancias que indican cierto cariño particular, tanto mas notable, señora, cuanto que sabeis que yo no creo en los reyes. Solo la idea de la desercion me avergüenza, y si la hiciese, me arrojaría al Sena. Perdonad, señora, el calor de mis palabras: estoy reconocido á vuestros favores, que recordaré eternamente; pero sé muy bien que no querreis deshonrarme: compadecedme, señora; compadecedme.»

Habia permanecido en pié; saludé, y me retiré. La señorita de Orleans no habia dicho una palabra. Se levantó, y al marcharse me dijo:—«No os compadezco, Mr. de Chateaubriand; no os compadezco. Sorprendíme de tan breves palabras y del acento con que las pronunció.»

Esto fue mi última tentacion política: siguiendo las ideas de Saint-Aulaire, debí creer que yo era uno de los hombres justos, pues dice que cuanto mas santos son, mas expuestos se hallan á las tentaciones del diablo: *Victoria ei est exacta de sanctis*. Es mayor su victoria cuando la consigue sobre los bienaventurados. Con mis negativas procedí como un necio; porque ¿dónde estaba el público que pudiera apreciarlas? ¿No hubiera podido hacer lo que tantos otros hijos virtuosos de la tierra, que ante todo sirven á la patria? Por desgracia no soy hombre que me someto á las exigencias de lo presente, ni quiero tampoco capitular con la fortuna. Nada hay de comun entre Ciceron y yo: sin embargo, su fragilidad no puede disculparse: aun no ha perdonado la posteridad á este grande hombre su flaqueza en someterse á otro grande hombre. ¿Qué habria sido mi pobre vida si hubiese perdido por Luis Felipe de Orleans mi integridad, que era mi único bien?

La noche del mismo dia que habia tenido esta conversacion en el palacio real vi en casa de M<sup>d</sup>. Recamier á Mr. de Saint-Aulaire. Aunque yo no le pregunté por sus secretos, él sí lo hizo de los míos. Acababa de llegar del campo, y tenia aun la cabeza caliente con los acontecimientos que habia leído.—«¡Ah! me alegro mucho de veros, exclamó: me habeis muy buena obra! Me prometo que en Luxemburgo cumpliremos con nuestro deber. ¿Tendria que ver el que los pares dispusiesen de la corona de Enrique V! Estoy seguro que no me dejareis solo en la tribuna.»

Como habia tomado ya mi partido, estaba muy tranquilo, y mi contestacion pareció fria al ardor de Mr. de Saint-Aulaire. Vió á sus amigos, y luego me dejó solo en la tribuna. ¡Vivan los hombres de imaginacion, de ligero corazon y de frívola cabeza!

#### ÚLTIMO SUSPIRO DEL PARTIDO REPUBLICANO.

El partido republicano forcejeaba inútilmente á los piés de los amigos que le habian hecho traicion. Presentóse el 6 de agosto en la cámara de los Diputados una comision de veinte individuos, designados por el comité central de los doce distritos de París, para presentar un mensaje, que el general Thiars y Mr. Dury-Dufresne arrebataron á la benévola comision. Estaba reducido á decir: «Que no podia la nacion mirar como poder constitucional una cámara electiva nombrada durante y bajo la influencia de la destruida monarquía, ni una cámara aristocrática, cuya institucion es contraria á los principios que han precisado á la nacion á tomar las armas; que el comité central de los doce distritos no concedia á la cámara mas que un poder de hecho y provisional, para que, en vista de las circunstancias, pudiese dar algunas órdenes urgentes, y acordase por unanimidad la libre y popular eleccion de diputados que realmente representasen al pueblo, y que si se procedia de otro modo miraria la nacion como nulo todo cuanto tendiese á menoscabarle sus derechos.»

Esto era muy justo; pero el lugarteniente general del reino deseaba la corona, y se apresuraron á dársela el miedo y la codicia. Los pebeyos de entonces querian una revolucion completa, y no supieron hacerla: los jacobinos, á quienes tomaron por modelo, habrian hecho desaparecer á los hombres del palacio real y á los charlatanes de las dos cámaras. Lafayette habia venido á parar en tener ineficaces deseos: feliz con haber resucitado la guardia nacional, se dejó engañar por Luis Felipe, de quien creia ser su nodriza, y con tanta felicidad se quedó adormecido. El viejo general representaba la libertad dormida, así como la república de 1793 se figuraba por la cabeza de un cadáver.

La verdad es que una cámara incompleta y un mandato no tenian derecho para disponer de la corona. Fue una Convencion reunida expresamente para ello, y una cámara de los Comunes recién elegida, la que dispuso del trono de Jacobo II. Y es tambien la verdad que este *encenagamiento* de los diputados, que estos doscientos veinte y uno, imbuidos por Carlos X en la tradiciones de la monarquía hereditaria, y que no tenian facultades propias para poder obrar en la electiva, precisaron primero á esta nueva monarquía á que permaneciese en la inaccion, y forzáronla despues á que retrocediese hácia los principios de casilegitimidad. Los que forjaron la espada de esta dinastía dejaron en ella un pelo, que tarde ó temprano la hará saltar.

7 DE AGOSTO.—SESION EN LA CÁMARA DE LOS PARES.—MI DISCURSO.—SALGO DEL PALACIO DEL LUXEMBURGO PARA NO ENFRAR MAS EN ÉL.—MIS DIMISIONES.

El 7 de agosto fue para mí un dia memorable: en él tuve la dicha de terminar, como habia empezado, mi carrera política, bien de que debe uno gozarse, porque es muy raro en estos tiempos. Habiasse llevado á la cámara de los Pares la declaración de la de los Diputados concerniente á la vacante del trono. Yo me coloqué en mi asiento, que estaba entre los mas altos, y en frente de el del presidente. Parecióme que los pares estaban abatidos y cansados. En la frente de algunos se veia el orgullo con que se disponian á ser desleales, y en la de otros notábase la vergüenza de los remordimientos, que ni aun para oír les dejaba valor. Al mirar tan triste asamblea, me decia á mí mismo:—«¿Qué, abandonarán á Carlos X en su desgracia los que recibieron sus beneficios en su prosperidad! ¿Le haran traicion los mismos cuyo encargo especial era

defender el trono hereditario, y que hace poco se honraban con la amistad íntima del rey! Ellos, que velaban á su puerta en Saint-Cloud; que le abrazaron en Rambouillet, y á quienes les dió la mano al despedirse, ¿se atreverán á levantar contra él las suyas calientes aun por el último apretón? ¿Se oirá el perjurio en esta cámara donde por quince años han resonado reiteradas protestas de aprecio y lealtad? Ellos, sin embargo, son los que han perdido á Carlos X; ellos son los que impulsaron la formacion de las ordenanzas; ellos los que saltaban de alegría cuando se publicaron y cuando se creyeron vencedores en ese momento de silencio profundo que precede al rayo.»

Confusa y dolorosamente se agitaban en mi imaginacion estas ideas. La cámara de los Pares habia llegado á ser el triple receptáculo de las corrupciones de la antigua monarquía, de la república y del imperio. Por lo que hace á los republicanos de 1793 y á los generales de Bonaparte, no me prometia que hiciesen sino lo que ya habian hecho: depusieron al hombre extraordinario á quien todo lo debian, y preparábase á deponer al rey que les confirmó los honores y gracias de que los habia colmado su primer amo. Cuando el tiempo varie depondrán tambien al usurpador que iba á tomar la corona.

Profundo silencio siguió á mi subida á la tribuna: pareció que los ánimos estaban preocupados, y arrellanándose los pares en sus sillones, fijaron la vista en el suelo. Excepto algunos pares que estaban resueltos á retirarse conmigo, ninguno se atrevió á dirigir los ojos á la tribuna. Conservo este discurso, porque resume mi vida y es el mejor título que tengo para la estimacion de la posteridad.

«Señores: La cuestion que hoy ocupa á la cámara no es tan difícil para mí como lo es para los pares que opinan de distinto modo que yo. En la declaración que se propone domina á mi ver un hecho, que subordina, ó mejor dicho, destruye todos los demás. Si estuviésemos en tiempos normales, examinaría detenidamente las reformas que se intentan hacer en la Carta, pues muchas de ellas han sido propuestas por mí. Mas debo manifestar que me ha sorprendido el que se haya ocupado á la cámara de la medida reaccionaria concerniente á los pares creados por Carlos X. No se me podrá tachar de aficionado á que se hagan numerosos nombramientos de ellos, y ya sabeis que lo he resistido cuando se ha intentado hacerlo: ¿mas es justo constituirnos en jueces de nuestros colegas, y excluirlos siempre que nos plazca? ¿Se quiere destruir la dignidad de los pares? Destruyase en buen hora, que es preferible perder la vida á tener que implorarla.»

«Antes de todo debe resolverse la cuestion de si está vacante el trono; pues entonces nos hallamos en el caso de elegir la forma de gobierno que estimemos conveniente.»

«Primero que ofrecer la corona á un individuo cualquiera, será bueno saber qué gobierno es el que vamos á constituir. ¿Estableceremos la república ó una nueva monarquía?»

«¿La una ó la otra darán á la Francia las garantías necesarias de duracion, orden y fuerza?»

«La república tiene desde luego contra sí los recuerdos de la que existió en época no muy lejana, los cuales aun no se han borrado. Todavía recuérdase, en efecto, el tiempo en que la muerte iba siempre al lado de la libertad y de la igualdad. ¿Y cuando os halláreis en la anarquía, podríais despertar en su roca al Hércules que únicamente fue capaz de ahogar al monstruo? En mil años no verá la posteridad otro Napoleón, y por lo que hace á vosotros, no lo esperéis.»

«Además, me parece que no podria llevarse á cabo la república en el estado actual de nuestras costumbres y de las relaciones con los gobiernos inmediatos.»

La primera dificultad que se ocurriria seria conseguir de los franceses una votacion unánime. ¿Qué derecho tendria la ciudad de París para obligar á la de Marsella, ó cualquiera otra, á que se constituyera en república? ¿Habria una, veinte ó treinta? ¿Serian federativas, ó independientes? Pero prescindiendo de estas dificultades, supongamos que haya una sola república. ¿Con nuestra natural familiaridad, creéis que por muy grave, muy respetable y muy hábil que fuese un presidente podria permanecer un año siquiera al frente de los negocios públicos? Sin hallarse defendido por la ley, ni por la tradicion; contrariado, desprestigiado, insultado dia y noche por rivales secretos y por agentes de la revolucion, no inspiraria confianza á los comerciantes ni á los propietarios; careceria de la dignidad conveniente para tratar con los gabinetes extranjeros, y del poder necesario para sostener el orden interior. Si tomaba medidas violentas, la república se haria temible, y recelosa la Europa se prevendria de las divisiones de la nacion, las fomentaria, intervendria al cabo, y la Francia se veria empeñada de nuevo en horrosas luchas. La república representativa es, á no dudarlo, el estado futuro del mundo; pero su época aun no ha llegado.

«Vamos ahora á la monarquía.»

«Hágase como se quiera, un rey elegido por las cámaras será siempre una novedad. Supongo que se quiere la libertad, y mas que ninguna otra la de imprenta, por la cual y para la cual ha conseguido el pueblo tan brillante victoria. Pues bien; cualquier nueva monarquía se verá precisada mas tarde ó mas temprano á restringir esta libertad. ¿Napoleon mismo, pudo permitirla? Hija de nuestras desgracias y esclava de nuestras glorias, la libertad de imprenta no vive segura sino con un gobierno cuyas raices son profundas. La nueva monarquía, producto bastardo de una noche sangrienta, ¿no tendria nada que temer de que se proclamasen opiniones independientes?»

«Si los unos pudiesen defender la república y los otros la monarquía ó el despotismo, ¿no temeríais que fuese necesario muy pronto recurrir á leyes excepcionales, á pesar del anatema contra la censura del artículo 8.º de la Carta?»

«Y entonces, ¿qué habríais ganado vosotros, amigos de una libertad moderada, con el cambio que se os propone? Por fuerza habríais de caer en la república ó en la esclavitud legal. Veríase, pues, á la monarquía desbordada y destruida por el torrente revolucionario, ó al monarca siendo víctima de las facciones.»

«El entusiasmo que causan los buenos resultados hace que luego se nos presente todo á la imaginacion como muy fácil de ejecutar, y así es que nos prometemos que se satisfarán las exigencias, los intereses y los caprichos de todos; que se sacrificará la vanidad y el egoísmo, y que la sabiduría del gobierno vencerá los obstáculos que se presenten; pero despues que han pasado algunos meses, la práctica desmiente á la teoría.»

«He presentado tan solo varios de los infinitos obstáculos que se ofrecerian con la creación de la república ó de una nueva dinastía. La una y la otra están preñadas de males; mas como todavia queda un tercer partido que tomar, conveniente será que sobre él digamos algunas palabras.»

«Ministros infames han mancillado la corona, han sostenido la violacion de la ley por medio del asesinato, y se han burlado de los juramentos hechos al cielo y de las leyes que habian prometido guardar.»

«¡Extranjeros que por dos veces habeis entrado sin resistencia en París, sabed que estolo debisteis á que os presentásteis en nombre del poder legal! Si viniésteis hoy en defensa de la tiranía, ¿creéis que se os abririan tan fácilmente como antes las puertas de la capital del mundo civilizado? Despues de vuestra par-

tida se ha engrandecido la nacion francesa bajo el régimen de leyes constitucionales; nuestros hijos son gigantes; nuestros reclutas de Argel, y nuestros escolares de París, son dignos hijos de los vencedores de Austerlitz, de Marengo y de Jena, fortalecidos además con cuanto la libertad presta á la gloria.

»Jamás hubo defensa mas legítima ni mas heroica que la que ha hecho el pueblo de París. No se ha insurreccionado contra la ley, pues ha vivido tranquilo mientras se respetara el pacto social; ha sufrido sin quejarse, insultos, provocaciones y amenazas, y ha prodigado su dinero y su sangre por conservar la Carta.

»Pero cuando despues de haber estado engañándolo hasta el último momento ha querido imponérsele la esclavitud; cuando estalló repentinamente la conspiracion de la necesidad y de la hipocresía; cuando se intentaba que al terror de la república y al yugo de hierro del imperio siguiese el despotismo militar establecido por eunucos, se revistió el pueblo de in-

teligencia y valor, y ha demostrado que sus *mercachifles* respiraban sin dificultad el humo de la pólvora, y que para avasallarlos se necesitaban mas de *cuatro soldados y un cabo*. En un siglo entero no se hubiera asegurado tanto la suerte de cualquier nacion como en los tres dias que acaban de trascurrir. De resultados de los crímenes cometidos se han proclamado enérgicamente nuevos principios. Ahora bien; ¿en virtud de esos crímenes y de la victoria obtenida por la nacion deberá cambiarse el orden de cosas establecido? Vamos á examinar esta cuestion. La caída ó abdicacion de Carlos X y de su hijo no han dejado vacante el trono, pues tras de ellos viene un niño cuya inocencia no debe castigarse.

»¿Qué sangre, en efecto, clama contra él? ¿Os atreveréis á decir que debe seguir la misma suerte que su padre? Educado este huérfano en las escuelas de la patria, con las ideas del siglo, é inspirándole desde luego cariño al gobierno representativo, podremos



LUIS FELIPE DE ORLEANS.

formar un rey tal como lo reclaman las necesidades del porvenir. Su tutor debería jurar ahora la declaracion sobre que vamos á votar, cuyo juramento ratificaria el joven monarca cuando llegase á su mayor edad. Entre tanto será rey el duque de Orleans, regente del reino, príncipe que ha vivido entre el pueblo y que conoce muy bien que para que subsista hoy la monarquía ha de ser liberal é ilustrada. Parece que tan fácil combinacion concilia todos los intereses y que podrá salvar á la Francia de las turbulencias que originan siempre los cambios de dinastía.

»Y no se diga, porque sería completamente infundado, que este niño, separado de sus padres, recordaria luego para vengarse ciertos nombres, ni que se infatuaria tampoco con su nacimiento despues de darle una educacion popular y de tener á la vista los terribles hechos que hundieron á dos reyes en dos noches.

»No es un entusiasmo sentimental, ni el cariño de nodriza transmitido de una en otra desde Enrique IV, hasta el joven Enrique, los que me impulsan á defender esta causa, que estoy seguro que si venciese habia de perjudicarme. No aspiro al martirio, ni á resucitar los tiempos de la caballería, ni á que mi nombre se escriba en novelas y romances: no creo en el derecho divino de los reyes, y si en el poder de las revoluciones y de los hechos. En apoyo de mi opinion no invoco la Carta, como pudiera, sino que voy mas arriba, al exámen filosófico de esta época que verá muy pronto el término de mi vida: propongo al duque de Burdeos, como una necesidad mas imperiosa que aquella otra con que se me contradice.

»Bien conozco que con alejar del trono á ese niño se quiere establecer el principio de la soberanía popular, simpleza de la escuela antigua, que prueba que bajo este concepto nuestros modernos demócra-

tas no han hecho mas progresos que los veteranos de la monarquía. En ninguna parte existe la soberanía absoluta, no proviene la libertad del derecho político, como se suponía en el siglo XVIII, sino del derecho natural, lo que hace que pueda existir en toda clase de gobiernos, y así es que á veces se goza mas de ella en una monarquía que en una república.

»Siempre que el pueblo ha dispuesto de los tronos, lo ha hecho tambien de su libertad. Nótese bien que el principio hereditario, por muy absurdo que parezca á primera vista, es preferible al electivo y así lo ha demostrado la experiencia. Las razones de ello son tan evidentes, que no me detendré en exponerlas. Elegireis hoy un rey; ¿pero quién os impedirá que mañana lo hagais de otro? ¡La ley, direis, sin conocer que es una ley que haceis vosotros mismos!

»Pero todavía se usa otro modo mas sencillo de abordar la cuestion: y es diciendo: «No queremos la rama primogénita de los Borbones, porque hemos triunfado en una causa justa y santa, y usamos del doble derecho de conquista.»

»Muy bien: está visto que proclaméis la soberanía de las fuerzas, y siendo así, os aconsejo que conserveis cuidadosamente esa fuerza, pues tendreis que sentir en el momento que la perdais. ¡Así es la naturaleza humana! Las personas mas justas é ilustradas no saben sobreponerse á un acontecimiento cualquiera. Hace poco que fueron las primeras en invocar el derecho contra la violencia, lo cual defendian con notable brillantez, y no bien ha venido á demostrarse la verdad de lo que decian por el abominable abuso de la fuerza y por su completa destruccion, cuando los vencedores se apoderan del arma



LAFFAYETTE.

que han roto, cuyos peligrosos pedazos herirán cruelmente sus propias manos.

»He traído la cuestion al terreno de mis adversarios, y no he querido ir á vivaquear al campo de lo pasado, bajo las banderas de los muertos; pues si es verdad que estas banderas están llenas de gloria, es lo tambien que penden á lo largo de sus astas, porque ya no las agita el viento de la vida. Y además, aunque removiese el polvo de treinta y cinco Capetos, no encontraria un argumento que se quisiese oír siquiera. Está abolida la idolatría hácia un nombre tradicional, y la monarquía no es ya una religion, sino la forma de gobierno preferible hoy á cualquiera otra, porque es la que mejor puede conciliar el orden con la libertad.

»Como Casandra, he cansado inútilmente al trono y á la patria con mis avisos, que todos han despreciado, y ya no me queda que hacer sino sentarme sobre los despojos del naufragio que tantas veces he predicho. Conozco que la desgracia tiene un poder inmenso; pero estoy seguro que nunca alcanzará hasta precisarme á faltar á mis juramentos de fidelidad. Debo ser consecuente: despues de cuanto he hecho, dicho y escrito en favor de los Borbones, sería un miserable si renegase de ellos, cuando por vez tercera se hallan proscriptos.

»Intimidense en buen hora esos generales realistas que jamás sacrificaron á su lealtad ni un maravedí, esos campeones del trono y del altar que no ha mucho me trataban de renegado, apóstata y revolucionario. ¡Venid ahora á tartamudear conmigo una palabra, una siquiera, en favor de vuestro malhadado amo, que os colmó de bienes y cuya ruina habeis causado! Instigadores de golpes de Estado; predicadores del poder constituyente, ¿dónde estais? os escondéis en el cielo desde donde levantaiis la cabeza para calumniar á los verdaderos servidores del rey: vuestro silencio de hoy está en armonía con vuestro lenguaje de ayer. Natural es que esos valientes, cuyos proyectos han hecho que se arrojen á palos á los descendientes de Enrique IV, se agrupen temblando bajo la noble bandera tricolor, pues si bien es cierto que ella protegerá sus personas, tambien lo es que no puede quitarles su cobardía.

»Y no se crea que al expresarme con tan ruda franqueza aspiro á dar prueba de mi heroísmo. Pasó el tiempo en que costaba la vida el manifestar sus opiniones; pero si estuviésemos en él, hablaria aun mucho mas alto. El mejor escudo es un pecho que no teme presentarse descubierto al enemigo. No, señores, no; nosotros no tenemos nada que temer de un pueblo cuya cordura es igual á su valor, ni de una ju-

ventud con la que simpatizo con todas las veras de mi alma, y á la cual deseo, como á mi patria, honra, gloria y libertad.

»Como está lejos de mí la idea de arrojar á la Francia semillas de discordia, he procurado no hablar á las pasiones. Si estuviese intimamente convencido de que conviene á la tranquilidad de treinta millones de hombres el que ese niño viva en modesto y oscuro rango, miraría como un crimen todo lo que tendiese á contrarestar esa necesidad del tiempo; pero no tengo semejante convicción. Si tuviese derecho para disponer de una corona, la pondría con mucho gusto á los pies del duque de Orleans; mas ahora, lo único que veo vacante, no es el trono, sino una tumba en San Dionisio.

»Sea la que quiera la suerte que experimente el lugarteniente general del reino, yo jamás seré su enemigo si hace la felicidad de mi patria. No pido mas sino que se me deje mi libertad de conciencia y el derecho de ir á morir donde encuentre independencia y tranquilidad.

»Voto contra el proyecto de declaracion.»

Comencé mi discurso con mucha calma: pero despues fue conmoviéndome, y cuando llegué á decir como *otra Casandra*; he cansado inútilmente al trono y á la patria con mis avisos, que todos han desdenado, se entorpeció mi lengua, y vime precisado á limpiarme las lágrimas de cariño y amargura que de mis ojos corrian. Luego me hallaba verdaderamente indignado cuando añadía: *El renegado os llama, valientes libelistas; venid á tartamudear conmigo una palabra, una siquiera, en favor de vuestro malhadado amo, que os colmó de bienes, y cuya ruina habeis causado.* Y miraba entonces á las personas á quienes iban dirigidas estas palabras.

Durante mi discurso algunos pares estaban avergonzados, y se ocultaban en el sillón hasta el punto de que no los veía por detrás de los que delante de ellos permanecían inmóviles. Tuvo algun eco este discurso; y aunque en él atacó á todos los partidos, todos, sin embargo, callaron, quizás porque á tan incontestables verdades siguió un grande sacrificio. Bajé de la tribuna; salí de la sala, y me despojé en el vestuario de mi uniforme de par, de mi espada y de mi sombrero de pluma, al cual quité la escarapela blanca; que puse en el ojal del pecho de la levita negra que vestía. Llevóse mi criado los despojos de la dignidad de par, y sacudiendo el polvo de los pies, abandoné, para no entrar jamás en él, el palacio de las traiciones.

Del 10 al 12 de agosto acabé de despojarme de esta dignidad enviando mi dimision.

»Paris 10 de agosto de 1830.

»Señor presidente de la cámara de los Pares:

»Como me es imposible prestar juramento de fidelidad á Luis Felipe, como rey de los franceses, me encuentro incapacitado legalmente de asistir á las sesiones de la cámara Hereditaria. A la bondad de Luis XVIII y á la munificencia real debo una pension de doce mil francos, que se me concedió para sostener con decoro é independencia la dignidad de par que se me confirió. No pudiendo ejercerla, no debo seguir aprovechándome del obsequio que en su virtud se me concedió, y tengo, por consiguiente, el honor de poner á vuestra disposicion dicha pension.»

»Paris 12 de agosto de 1830.

»Señor ministro de Hacienda:

»Debo á la bondad de Luis XVIII y munificencia nacional una pension de doce mil francos, inscrita en

el gran libro de la deuda, y trasmisible solo á mi primer heredero en sucesion directa. No pudiendo prestar juramento al duque de Orleans como rey de los franceses, seria injusto el que continuase disfrutando una pension afecta á una dignidad que ya no ejerzo. Póngola por ello en vuestras manos, debiendo haber cesado de correr para mí desde el 10 de agosto en que hice esta misma manifestacion al presidente de la cámara de los Pares.

»Con la mas alta consideracion, etc.»

»Paris 12 de agosto de 1830.

»Señor refrendario mayor:

»Tengo el honor de remitiros copia de las dos cartas que he dirigido al presidente de la cámara de los Pares y al ministro de Hacienda. Vereis en ellas que he renunciado mi pension, por lo que no me corresponde percibirla mas que hasta el 10 de agosto, en que me negué al juramento.

»Tengo la honra, etc.»

»Paris 12 de agosto de 1830.

»Señor ministro de Justicia:

»Tengo el honor de remitiros mi dimision de ministro de Estado.

»Soy con la mayor consideracion, señor ministro de Justicia, vuestro humilde y obediente servidor.»

Encontréme, pues, desnudo como un San Juanito; pero hacia tiempo que estaba acostumbrado á alimentarme de miel silvestre, y no temia que la hija de Heriódades desease mi cabeza gris.

Mis bordados, fajas y charreteras, que vendí á un judío, produjéronme setecientos francos, producto liquido de toda mi grandeza.

#### CARLOS X SE EMBARCA EN CHERBURGO.

¿Qué habia sido entre tanto de Carlos X? Caminaba hácia su destierro, acompañado de sus guardias de corps, vigilado por tres comisarios, atravesando la Francia sin excitar siquiera la curiosidad de los campesinos que surcaban la tierra á orillas del camino real. En dos ó tres ciudades pequeñas hubo movimientos hostiles; en otras los hombres y las mujeres dieron muestras de compasion. Conviene acordarse que no hizo mas ruido Bonaparte al dirigirse de Fontainebleau á Tolon; que no se conmovió mas la Francia de lo que se conmovía ahora, y que el héroe de tantas batallas estuvo á punto de ser asesinado en Orgon. En este país cansado de todo, los mayores acontecimientos no son mas que dramas representados para diversion nuestra; dramas que ocupan al espectador mientras está levantado el telon, y que, cuando ha caído, no dejan mas que un vago recuerdo. Muchas veces Carlos X y su familia se detenian en malas posadas para tomar algun alimento en el extremo de una sucia mesa en que habian comido unos carreteros. Enrique V y su hermana se divertian en el patio con los pollos y los pichones de la posada. Yo lo habia dicho; la monarquía se iba, y algunos se asomaban á la ventana para verla pasar.

En estos momentos el cielo se complació en insultar al partido vencedor y al partido vencido. Mientras se sostenia que las ordenanzas habian indignado á la Francia entera, llegaron al rey Felipe exposiciones de las provincias dirigidas al rey Carlos X felicitándole por las saludables medidas que habia adoptado, y que salvaban á la monarquía. El bey de Tittery, por su parte, dirigia al monarca destituido, que caminaba hácia Cherburgo, la sumision siguiente:

«En el nombre de Dios, etc. etc.: Yo reconozco por señor y soberano absoluto al gran Carlos X, el victorioso, y le pagaré el tributo, etc.» Es imposible

burlarse mas irónicamente de la una como de la otra suerte. Las revoluciones se fabrican hoy á máquina, y se hacen tan pronto, que un monarca, rey aun en la frontera, no es ya mas que un proscrito en la capital.

En esta indiferencia del país hácia Carlos X hay algo mas que cansancio: es preciso reconocer el progreso de las ideas democráticas, y de la extension y asimilacion de las clases. En una época anterior, la caída de un rey de Francia hubiera sido un acontecimiento enorme: el tiempo ha hecho descender al monarca de la altura á que se hallaba colocado; le ha acercado á nosotros; ha disminuido el espacio que le separaba de las clases populares. Si sorprendia poco ó nada el encontrar al hijo de San Luis en la via pública como todo el mundo, no era por un espíritu de odio ó de sistema, era simplemente por ese sentimiento de nivelacion social que ha penetrado en los ánimos y que obra en las masas sin que se aperciban de ello.

¡Maldito sea, Cherburgo, tu siniestro mar! Cerca de Cherburgo fue donde el viento de la cólera echó á Eduardo III para asolar nuestro país; no lejos de Cherburgo el viento de una victoria enemiga destruyó la flota de Tourville; el viento de una prosperidad engañosa echó á Luis XVI de Cherburgo al cadalso; el viento de Cherburgo ha llevado á yo no sé qué playas á nuestros últimos príncipes. Las costas de la Gran-Bretaña, que abordó Guillermo el Conquistador, han visto desembarcar á Carlos X, sin pendon y sin lanza, y este ha ido á hallar de nuevo en Holy-Rood los recuerdos de su juventud colgados á las murallas del palacio de los Estuardos, como viejos grabados amarilleados por el tiempo.

#### LO QUE SERÁ LA REVOLUCION DE JULIO.

He pintado los tres dias á medida que han pasado ante mí; cierto color de coetaneidad, verdadero en el momento que pasa, falso despues que el momento ha pasado, se extiende sobre el cuadro. No hay revolucion, por prodigiosa que sea, que descrita de momento en momento, no llegue á quedar reducida á las mas pequeñas proporciones. Los acontecimientos salen del seno de las cosas, como los hombres del seno de sus madres, acompañados de las debilidades de la naturaleza. Las miserias y las grandeas son hermanas gemelas; nacen juntas; pero cuando los alumbramientos son vigorosos, las miserias mueren á cierta época, y solo las grandeas son las que viven. Para juzgar imparcialmente de la verdad que debe subsistir, es preciso, pues, colocarse bajo el punto de vista desde el cual contemplará la posteridad el hecho consumado.

Pero separando las miserias de carácter y de accion de que yo habia sido testigo, no tomando mas que lo que subsiste de las jornadas de julio, con justicia he dicho en la cámara de los Pares: «Habiéndose armado este pueblo de su inteligencia y de su valor, se ha visto que estos *mercachifles* respiraban con bastante facilidad el olor de la pólvora, y que se necesitaban mas de cuatro soldados y un cabo para sujetarlos. Un siglo no habia madurado tanto los destinos de un pueblo como los tres últimos soles que acaban de brillar sobre la Francia.»

En efecto, el pueblo, propiamente dicho, ha sido valiente y generoso en la jornada del 2. La guardia, que habia perdido trescientos hombres entre heridos y muertos, hizo completa justicia á las clases pobres, únicas que se batieron en esta jornada, y entre las cuales se mezclaron algunos malvados, pero que no han podido deshonrarlos. Los discípulos de la escuela política, que salieron demasiado tarde el 28 á tomar parte en la querrela, fueron puestos por el pueblo á su cabeza el 29 con una sencillez y naturalidad admirables.

Algunos campeones que no se habian hallado en las luchas del pueblo en los primeros dias, vinieron á reunirse á él el 29 cuando habia pasado el mayor peligro; y otros no lo hicieron hasta el 30 y 31, despues de ganada la victoria.

Lo mismo, con corta diferencia, sucedió por parte de la tropa, de la cual solo se batieron los soldados y los oficiales; el estado mayor, que habia hecho ya desercion á Bonaparte en Fontainebleau, se mantuvo muy tranquilo en las alturas de Saint-Cloud, observando hácia qué lado llevaba el viento el humo de la pólvora. Al levantarse Carlos X se le hacia la corte; al acostarse no habia ya nadie á su lado.

La moderacion de las clases inferiores igualó á su valor; de la confusion salió de pronto el orden. Es necesario haber visto á obreros medio desnudos colocados de facion á la puerta de los jardines públicos, observar su consigna con otros obreros haraposos impidiéndoles entrar en ellas, para comprender el sentimiento del deber que se habia apoderado de los hombres que dominaban á Paris. Ellos habrian podido hacerse pagar el precio de su sangre y dejarse tentar por su miseria. No se vió, como en el 10 de agosto de 1792, asesinar á un soldado ni á un suizo fugitivo. Todas las opiniones fueron respetadas, y fuera de algun hecho aislado, jamás se abusó menos de la victoria. Los vencedores llevaban á los heridos de la guardia por en medio de los grupos, gritando: *Respeto á los valientes!* Si el soldado acababa de espirar, decian: *Paz para los muertos.* Los quince años de la restauracion, bajo un gobierno constitucional, habian hecho nacer entre nosotros ese espíritu de humanidad, de legalidad y de justicia que no habian podido producir veinte y cinco años de espíritu revolucionario y guerrero. El derecho de la fuerza, introducido en nuestras costumbres, parecia haber llegado á ser el derecho comun.

Las consecuencias de la revolucion de julio serán memorables. Esta revolucion ha pronunciado una sentencia contra los tronos; los reyes no podrán reinar hoy sin el apoyo de las bayonetas, medio seguro por un momento, pero poco duradero; la época de los genzaros ha pasado.

Thucídides y Tácito no nos contarían bien los acontecimientos de los tres dias; seria necesario que nos los explicase como un hecho providencial Bossuet, genio que lo veía todo, pero sin traspasar los límites fijados á su razon y á su esplendor, como el sol que gira entre dos ejes brillantes, y que los orientales llaman el esclavo de Dios.

No busquemos tan cerca de nosotros la causa de un movimiento que se halla muy lejos; la mediania de los hombres, los necios terrores, la confusion inexplicable, los odios, las ambiciones, la presuncion de los unos, la preocupacion de los otros, las conspiraciones secretas, las ventas, las medidas bien ó mal tomadas, el valor ó la pusilanimidad, todas estas cosas son los accidentes, no las causas del acontecimiento. Cuando se dice que no se queria á los Borbones, que se habian hecho odiosos porque se les suponía impuestos á la Francia por los extranjeros, este activo desde no explica nada suficientemente.

El movimiento de julio no pertenece á la política propiamente dicha: pertenece á la revolucion social que se está obrando. Por el encadenamiento de esta revolucion general, el 28 de julio de 1830 no es mas que una consecuencia forzosa del 21 de enero de 1793. El trabajo de nuestras primeras asambleas deliberantes habia sido suspendido y quedado sin acabar. En el curso de veinte años los franceses se habian acostumbrado, lo mismo que los ingleses del tiempo de Cromwell, á ser gobernados por otros amos que no eran sus antiguos soberanos. La caída de Carlos X es una consecuencia de la decapitacion de Luis XVI, como el destronamiento de Jacobo II es una consecuen-

cia del asesinato de Carlos I. La revolución pareció extinguirse en la gloria de Bonaparte y en las libertades de Luis XVIII; pero no se había destruido su germen: depositado en el fondo de nuestras costumbres, se ha desarrollado cuando le han prestado calor las faltas de la restauración, y ha brotado muy pronto.

En el cambio anti-monárquico que se acaba de ejecutar descúbrese la mano de la Providencia. Que los espíritus superficiales no vean en la revolución de los tres días mas que una calavera, es muy natural; pero los hombres reflexivos saben que se ha dado un paso enorme: el principio de la soberanía del pueblo ha sustituido al principio de la soberanía real; la monarquía hereditaria se ha convertido en monarquía electiva. El 21 de enero había hecho saber que se podía disponer de la cabeza de un rey; el 29 de julio ha demostrado que se puede disponer también de una corona. Y toda verdad que se descubre, buena ó mala, queda fija en el espíritu del pueblo. Un cambio deja de ser inaudito, extraordinario, y no se presenta ya al espíritu y á la conciencia como impío cuando es el resultado de una idea popular. Los franceses ejercitaron primero colectivamente la soberanía, en seguida la delegaron en algunos gefes, después la confiaron á uno solo, y, por último, este gefe la usurpó en provecho de su familia. Ahora se retrocede del reinado hereditario al reinado electivo; de la monarquía electiva se irá á parar á la república. Tal es la historia de la sociedad: estos son los grados porque sale el gobierno del pueblo y vuelve á entrar en él.

No pensamos, pues, que la obra de julio es la superfetación de un día, no nos figuremos que la legitimidad va á venir á restablecer *incontinenti* la sucesión por derecho de primogenitura; no vayamos á persuadirnos de que julio acabará de muerte natural. Sin duda que la rama de Orleans no echará raíces: no se ha derramado tanta sangre, sufrídose tanta calamidad, malogróse tanto genio durante medio siglo para este mezquino resultado. Pero si julio no ocasiona la destrucción final de la Francia con el aniquilamiento de todas las libertades, julio producirá su fruto natural: este fruto es la democracia. El será quizá amargo y sangriento; pero la monarquía es una zarza extraña que no se enredará en el árbol republicano.

Así, no hay que confundir el rey improvisado con la revolución de que ha nacido por azar: esta, obrando de la manera que la vemos obrar, está en contradicción con sus principios, no parece viable porque se halla parapetado en un trono; pero que dure solo algunos años esta revolución, y el pasado y el porvenir cambiarán los dados que quedan por salir. Los hombres hechos mueren ó no ven las cosas como las veían; los adolescentes llegan á la edad de la razón; las generaciones nuevas reemplazan á las generaciones corrompidas; los lienzos que han cubierto las llagas de un hospital, echados á un gran río, no ensucian mas que la ola que pasa sobre estas corrupciones: detrás y en la superficie, la corriente conserva ó recobra su limpidez.

Julio, libre en su origen, no ha producido mas que una monarquía esclava, pero llegará el tiempo en que, desembrado de su corona, sufrirá las transformaciones que son la ley de los seres; entonces vivirá en una atmósfera apropiada á su naturaleza.

El error del partido republicano, la ilusión del partido legitimista son deplorables, y van mas allá de la democracia y del reinado: el primero cree que la violencia es el único medio de triunfo; el segundo que el pasado es el único puesto de salvación. Pero hay una ley moral que regula la sociedad, una legitimidad general que domina á la legitimidad particular. Esta gran ley y esta gran legitimidad son el goce de

los derechos naturales del hombre, limitados por los deberes, porque el deber es el que crea el derecho, y no el derecho el que crea el deber; las pasiones y los vicios os relegan á la clase de los esclavos. La legitimidad general no habría tenido ningun obstáculo que vencer si hubiese respetado, como proveniente de un mismo principio, la legitimidad particular.

Por lo demás, una observación bastará para hacernos comprender el admirable y magestuoso poder de la familia de nuestros antiguos soberanos: lo he dicho ya y jamás lo repetiré bastante; con el trono francés caerán todos los tronos.

En efecto, la idea monárquica desaparece en el mismo momento en que falta el monarca; no se halla en torno de uno mas que la idea democrática. Mi jóven rey se llevará entre sus brazos la monarquía del mundo. Es un gran fin.

Cuando yo escribía todo esto sobre lo que podría ser en el porvenir la revolución de 1830, apenas podía defenderme de un instinto que hablaba contradictoriamente á mi razón. Yo tomaba este instinto por el movimiento de mi desagrado contra las turbulencias de julio; yo desconfiaba de mí mismo, y mi imparcialidad demasiado leal me hizo exagerar quizá las consecuencias de los tres días. Pero han pasado diez años desde la caída de Carlos X; y acaso se ha afirmado la monarquía de julio; acaso ha asegurado la Francia sus derechos, acaso ha aumentado su gloria? Estamos ahora á principios de diciembre de 1840: ¿á qué grado de abatimiento ha descendido la Francia! Si yo pudiese experimentar algun placer en la humillación de un gobierno francés, tendría cierto orgullo al volver á leer en el *Congreso de Verona* mi correspondencia con Mr. Canning: ciertamente que no es como la de que se acaba de dar conocimiento á la cámara de Diputados. ¿De dónde proviene la falta? ¿Del príncipe elector? ¿De la impericia de sus ministros, ó de la misma nación, cuyo carácter y genio parecen gastados? Nuestras ideas son progresivas; pero, ¿apoyan estas ideas las costumbres? No sería extraño que un pueblo de catorce siglos, que ha terminado esta larga carrera por una explosión de milagros, hubiese llegado al término de su existencia. Si llegais á leer hasta el fin estas *Memorias*, vereis que, haciendo justicia á todo lo que me ha parecido bueno, á las diversas épocas de nuestra historia; pienso que, en último resultado, una sociedad vieja perece.

Nota. Paris 3 de diciembre de 1840.

#### FIN DE MI CARRERA POLÍTICA.

Aquí termina mi carrera política. Con ella debía cerrar mis *Memorias*, no quedándome ya otra cosa que hacer que resumir las experiencias de mi vida. Tres catástrofes han señalado las tres partes de ella que preceden: he visto morir á Luis XVI durante mi carrera de viajero y de soldado; á la terminación de mi carrera literaria ha desaparecido Bonaparte; la caída de Carlos X cierra mi carrera política.

He fijado la época de una revolución en la literatura, y aun he formulado en política los principios del gobierno representativo: creo que mi correspondencia diplomática vale tanto como mis composiciones literarias. Es posible que ni las unas ni las otras valgan nada; pero es seguro que son equivalentes.

Mis escritos y mis discursos en la cámara de los Pares me han hecho ejercer tal influencia en Francia, que primero hice entrar á Mr. de Villele en el ministerio, y después, habiéndose hecho mi enemi-

go, le he obligado á retirarse ante mi oposición. Todo esto se halla probado por lo que dejo escrito.

El gran acontecimiento de mi carrera política es la guerra de España. Ella fue para mí, en esta carrera, lo que había sido *El Genio del cristianismo* en mi carrera literaria. El destino me eligió para encargarme de la poderosa aventura que, bajo la restauración, habría podido regularizar la marcha del mundo hácia el porvenir. Ella me arrebató á mis sueños, y me transformó en director de grandes hechos. En la mesa de juego á que me hizo sentar, colocó frente de mí los dos primeros ministros de la época, el príncipe de Metternich y Mr. Canning, y yo les gané la partida. Todos los hombres grandes que había entonces en los gabinetes de Europa convinieron en que habían hallado en mí un hombre de Estado (1). Bonaparte lo había previsto antes que ellos á pesar de mis libros. Yo podría creer, pues, sin vanagloria que he valido tanto, hombre político, como escritor; pero yo no doy ningun valor á la fama de los negocios, y por eso me he permitido hablar de ello.

Si cuando la empresa peninsular yo no hubiese sido echado á un lado por hombres ciegos, el curso de nuestros destinos habría cambiado; la Francia hubiera recobrado sus fronteras; el equilibrio de Europa se habría restablecido; la restauración, llena de gloria, habría podido vivir aun largo tiempo, y la historia dar alguna importancia á mi trabajo diplomático. Entre mis dos vidas, no hay mas diferencia que la del resultado. Mi carrera literaria ha llegado á un completo término; ha dado de sí todo lo que podía dar, porque no dependía de nadie mas que de mí solo. Mi carrera política ha sido cortada súbitamente en medio de sus triunfos, porque ha dependido de los demás.

Sin embargo, yo lo reconozco; mi política no era aplicable mas que á la restauración. Si se opera una transformación en los principios, en las sociedades y los hombres, lo que era bueno ayer es hoy perecedero y caduco. En cuanto á la España, habiendo cesado las relaciones de las familias reales por la abdicación de la ley sálica, no se trata ya de crear al otro lado de los Pirineos fronteras impenetrables; es necesario aceptar el campo de batalla que el Austria y la Inglaterra puedan abrirnos allí algun día; es menester aceptar las cosas en el estado en que se hallan; abandonar, á nuestro pesar, una conducta firme, pero razonable, cuyos beneficios eran ciertos, aunque distantes. Tengo la conciencia de haber servido á la legitimidad como debia ser servida. Yo veía el porvenir tan claro como lo veo ahora; solo que yo queria llegar á él por un camino menos peligroso, á fin de que la legitimidad, útil para nuestra enseñanza constitucional, no tropezase en una carrera precipitada. Ahora no son realizables mis proyectos: la Bnsia va á volverse hácia otra parte. Si yo fuese hoy á la península, cuyo espíritu ha tenido tiempo de cambiar, sería con otras ideas. Yo no pensaría ya en las relaciones con los reyes, sino que me ocuparía solo de la alianza de los pueblos, á pesar de ser recelosa, apasionada, incierta y versátil. Yo diría á la Francia: «Habeis dejado el camino trillado por el sendero de los principios: pues bien, explorad sus maravillas y sus peligros. Las innovaciones, las empresas, los descubrimientos para nosotros: venid, y que nos favorezcan las armas si es necesario. ¿Dónde hay algo nuevo? ¿En Oriente? Marchemos á él. ¿Dónde son necesarios nuestro valor y nuestra inteligencia? Corramos á ese lado. Pongámonos á la cabeza del gran levantamiento del género

humano; no dejemos que nos adelante nadie, y que el nombre francés vaya al frente de los demás en esta cruzada, como sucedió en otro tiempo en la del sepulcro de Cristo.—«Si; si yo fuese admitido en los consejos de mi patria, yo trataría de serle útil en los peligrosos principios que ha adoptado, impulsarla en la senda del progreso: contenerla hoy en ella, sería condenarla á una muerte inocua. Yo no me contentaría con discursos: juntando las obras á la fe, prepararía soldados y millones, construiría buques, como Noé en la prevision del diluvio, y si me preguntasen por qué, respondería:—«Porque tal es la voluntad de la Francia.» Mis despachos advertirían á los gabinetes de la Europa que no se había de tocar á nada en el globo sin nuestra intervención, y que si se distribuyen los pedazos del mundo, nos toca á nosotros la parte del león. Dejariamos de pedir humildemente á nuestros vecinos permiso para existir; el corazón de la Francia latiría libremente sin que ninguna mano fuese osada á tocar este corazón para contar sus latidos; y pues que buscamos nuevos soles, yo me precipitaria al encuentro de su esplendor sin esperar la salida natural de de la aurora.

¡Haga el cielo que los intereses industriales, en que debemos un nuevo género de prosperidad, no engañen á nadie; que sean tan fecundos, tan civilizadores como los intereses morales de que salió la antigua sociedad! El tiempo nos enseñará si no son un sueño infecundo de las inteligencias ilimitadas, que no tienen la facultad de salir del mundo material.

Aunque mi papel haya acabado con la legitimidad, mis votos son siempre la felicidad de la Francia, cualesquiera que sean los poderes á que su improvisador capricho la haga obedecer. Por lo que á mí hace nada pido; solo querría no sobrevivir mucho á las ruinas que se amontonan á mis pies. Pero los años son como los Alpes; apenas se han atravesado los primeros, se ve levantarse otros. ¡Ay! Las postreras y mas elevadas montañas estan deshabitadas, áridas y blanquecinas.

#### ENFERMERÍA DE MARIA TERESA.

Paris, octubre de 1830.

Al salir del estrépito de las tres jornadas, me sorprende abrir en profunda calma la cuarta parte de esta obra: se me figura que he doblado el cabo de las Tempestades, y penetrado en una region de paz y de silencio. Si hubiese muerto el 7 de agosto de este año, las últimas palabras de mi discurso en la cámara de los Pares habrían sido las últimas líneas de mi historia: mi catástrofe, siendo la misma de un pasado de doce siglos, habría engrandecido mi memoria. Mi drama hubiera terminado magníficamente.

Pero no quedé en el sitio, no fui arrojado á tierra. Pedro del Estoile escribía esta página de su diario al día siguiente del asesinato de Enrique IV.

«Y aquí termino con la vida de mi rey (Enrique IV) el segundo registro de mis pasatiempos melancólicos y de mis vanas y curiosas investigaciones, tanto públicas como privadas, interrumpidas frecuentemente hace un mes por las vigias de las tristes y penosas noches que he sufrido, aun esta última, por la muerte de mi rey.

«Habíame propuesto cerrar mis efemérides con este registro, pero tantas ocurrencias nuevas y curiosas han sucedido con esta insigne mutación, que paso á otro, el cual continuará hasta donde plazca á Dios, y sospecho que no será muy largo.»

Estoile vió morir al primer Borbon: yo acabo de ver caer al último: ¿no debería cerrar aquí el registro de mis pasatiempos melancólicos y de mis vanas y curio-

(1) Ved las cartas y despachos de las diversas cortes en el *Congreso de Verona*; consultad también la *Embajada de Roma*.